

José Luis Palacios, de las anillas del Grupo a la Nasa

El ingeniero aeroespacial fue gimnasta destacado en Gijón y acaba de ser seleccionado para una misión de la agencia

«Estoy emocionado», asegura el profesor en la Universidad John Hopkins, que estos días veranea en su ciudad natal

Lucía R. Lorenzo

GIJÓN. Se puede decir que la suya es una carrera fulgurante, pero, pese al éxito, la de José Luis Palacios (Gijón, 1980) también ha sido una carrera de obstáculos. De las anillas del Grupo Covadonga y los madrugones para entrenarse como gimnasta, una de las disciplinas más duras del deporte, a superar un grave accidente de tráfico y finalmente a 'colarse' en la Nasa como ingeniero aeroespacial en uno de los proyectos que más expectativas ha suscitado en el mundo de la investigación. Todo empezó en Gijón y en el Grupo y en el Instituto nº 7, hoy Emilio Alarcos, y también «con la oportunidad que me dieron mis padres para poder irme a estudiar a Estados Unidos». Ahí están los mimbres de lo que hoy es Palacios, ex gimnasta profesional y hoy ingeniero aeroespacial. Cuenta que de niño le gustaba jugar con las piezas de Lego y con ello supo que lo suyo eran la ingeniería y el espacio. Ahora sus sueños se mate-

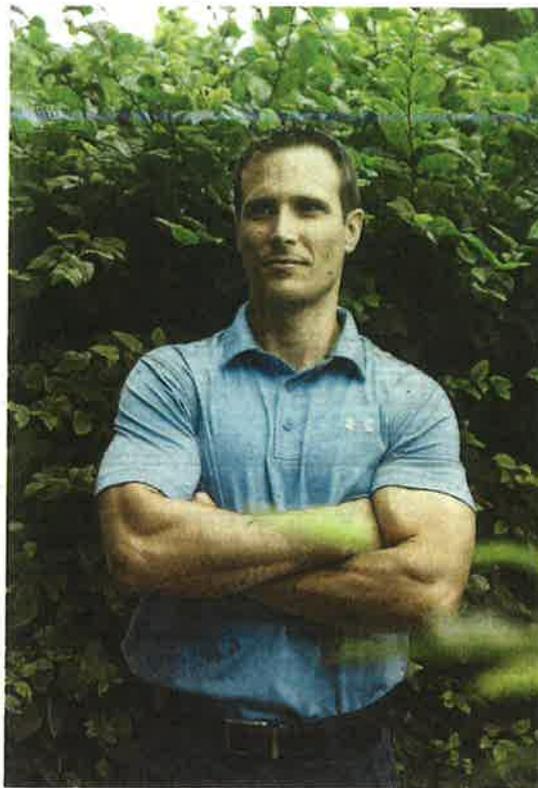
rializan: «Estoy muy emocionado» trabajando en el proyecto Titán, una misión cumbre de la Nasa para investigar la luna más grande de Saturno, un lugar que podría reunir las condiciones adecuadas para la vida.

«España tiene mucho que ver con donde estoy ahora mismo», asegura. Palacios recuerda que «la educación que recibí fue mejor que la que hay en los institutos estadounidenses». Gracias a su formación, afirma que «los dos primeros años de la licenciatura fueron muy fáciles».

Palacios no solo tiene buen recuerdo del instituto sino también del Grupo, que considera «fundamental para llegar adonde llegué. Recuerda también «el esfuerzo de mis padres y de Benjamín Bango, el entrenador que venía a buscarme a las seis de la mañana a casa» para entrenar.

Veinte años en Pensilvania

Aunque lleva alrededor de veinte años en Pensilvania, Palacios asegura, entre risas, que «tengo acento asturiano todavía, me gustan el chorizo y las fabes, pero la sidra no». A su tierra vino acompañado este verano de tres de sus cuatro hijos: Ryan, de siete años; Matthew, de cinco y Andrew, de tres. Mientras que el pequeño Peter, nacido el pasado abril, se quedó junto a su



José Luis Palacios, elegido para trabajar en la misión Titán. :: c. SANTOS

mujer Vivian Rachel Palacios en EE UU. «Descansar con tres niños es difícil», indica Palacios entre risas, explicando que este viaje es para «ver a su familia. Intentamos vernos una vez al año». Antes de llegar a Estados Unidos, «mis padres y yo no sabíamos a donde íbamos, poder llegar allí fue un paso importante», explica. «Allí valoran el trabajo, la actitud y la capaci-

dad» con esto «las puertas se abren», asegura. Sin duda el apoyo económico de sus padres permitió que el ingeniero cursara su primer año de carrera, pero la gimnasia profesional fue el trampolín para que la facultad le concediera una beca con la que pudo compaginar sus estudios con su preparación deportiva. «En las universidades fomentan el estudio y el entrenamien-

«La educación que recibí fue mejor que la que hay en institutos norteamericanos»

«El problema que vi en España es que es muy difícil ser gimnasta profesional»

to es secundario, allí te limitan las horas», recuerda Palacios y añade que «el problema que vi en España es que es muy difícil ser gimnasta profesional». Palacios compitió además con el equipo nacional español y apunta que a estos niveles deportivos «casi nadie fomenta el estudio. Uno se puede lesionar, no es joven para siempre y luego te quedas fuera».

Accidente en 2004

De hecho, su carrera como gimnasta profesional se truncó en 2004 cuando sufrió un accidente: «Tuve que dejarlo porque me atropelló un conductor borracho mientras yo iba en bicicleta, en ese momento estaba entrenando para las olimpiadas», recuerda. Después de lo ocurrido, Palacios no tiró la toalla sino que cambió su objetivo hacia la educación, el máster, el doctorado y la experimentación. El gijonés asegura que, por estas razones, «no me arrepiento de haber dejado el deporte de élite».

Todo su trabajo y tesón le llevó a ser profesor en la Universidad John Hopkins en el año 2013, una carrera de fondo en la que agradece a su familia, esposa, entrenadores, profesores y la Fundación Rafael del Pino, entidad que también le concedió una beca de formación, el impulso para llegar al espacio.

La sidrería El Mariñán echa el cierre

El antiguo Kierche, hoy dirigido por Javier Montequín, pone punto final a 80 años de historia para la reforma del edificio

Senén Morán

GIJÓN. «Se cerrará en septiembre aprovechando la rehabilitación que van a hacer en el edificio». Y de esta manera se pondrá fin a una parte de la historia de la ciudad. Una de las sidrerías con más solera en la calle San Bernardo de Gijón dejará de echar culinos. El Mariñán, establecimiento que había cogido el testigo del antiguo Kierche, dice adiós así a ochenta años de historias delante y detrás de la barra. Y, también, a un local que ha visto pasar varias generaciones desde los años cincuenta. Un lugar que a lo largo del tiempo se convirtió en punto de referencia para muchos gijoneses.

Entre cantarinos, sidra recién escanciada, olor a serrín -antes de que

se prohibiera su utilización en estos locales- y el tumulto de gente habitual, el chigre vivió ocho décadas doradas.

El paso de los años ha obligado a realizar una reforma general en el edificio en el que se encuentra ubicado este negocio. De hecho, el inmueble va a ser demolido. Y Javier Montequín, el propietario de esta sidrería, ha decidido aprovechar para dar un giro a su trayectoria en la hostelería. Así, pondrá punto final a su relación con la sidra. «Lo dejo por completo», aseguró Montequín. Ese cierre se llevará a cabo cuando pase el verano, el próximo mes de septiembre. A partir de entonces, de este emblemático negocio solo quedarán ya los recuerdos.

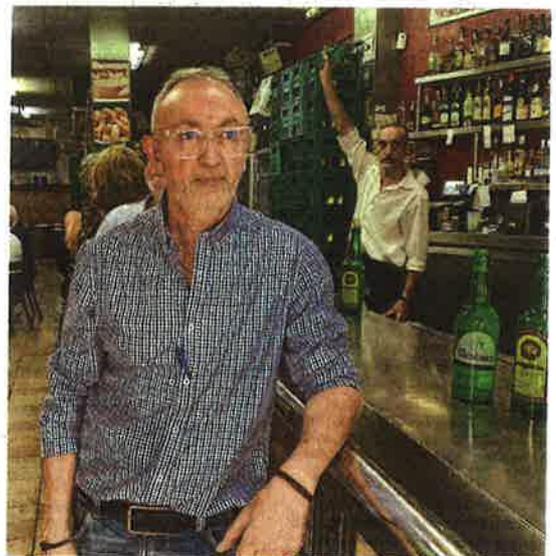
«En el año 2013 cogí el Mariñán de Begoña y he estado aquí hasta la fecha», explicó Javier Montequín, dueño del negocio. Javi se hizo cargo del conocido local cuando, por jubilación, el Kierche cerró sus puertas. Antes dirigía la sidrería Mariñán, que nació «a finales de los años treinta en la calle Casimiro Velasco».

Ambos locales estuvieron abiertos al público simultáneamente durante tres años, hasta el 2016, año en el que solo quedó el de Begoña. «El primer Mariñán nació hace unos ochenta años, en el año 1974 llegamos nosotros, con mi padre y mi madre. Ellos son los que llevan el negocio hasta 1997, que es cuando yo me quedo a cargo», indicó. El dueño del negocio tiene en mente nuevos horizontes, abrió «una vinatería» el 1 de mayo.

Derribo

Se trata de la Gran Taberna del Tío, en la calle Soria, situada en el barrio de Pumarín. Su compañero de calle, el Llagar de Begoña, quedará por el momento como referencia en la zona del paseo de Begoña.

«En esta zona va a quedar sólo el Llagar de Begoña, aunque no sé qué pasará en el futuro. Quizá en 18 meses, cuando acaben las obras en el edificio, vuelvan a poner aquí un local de hostelería, no lo sé», afirmó. Por el momento, los culinos de sidra no serán protagonistas en el número 79 de la calle San Bernar-



Javier Montequín, en la barra de la sidrería El Mariñán. :: s. n.

do. Tras el derribo, el plan de futuro para la infraestructura es que la constructora gijonesa Fresno haga un edificio para cuatro viviendas

de lujo. En el aire queda el uso que se le dará al actual local que hoy ocupa la sidrería y que podría dar paso a nuevos negocios.